

RELATO. Greenscape.

La luz del alba cae sobre la ciudad verde. Desde donde nos encontramos puedo ver cómo, poco a poco, el gris desvaído de la mañana da paso a un verde exuberante, casi luminoso por sí mismo. Nos encontramos en las ruinas de un edificio en las afueras, y a mí me ha tocado la última guardia.

Bostezo y me estiro, despejando las horas de vigilia y aburrimiento. Toca despertar a los demás. Llamo primero a las mecas, Hammer y Nut, que a pesar de las recomendaciones de los demás decidieron irse a otra habitación. Supongo que la intimidad no es algo de lo que puedan disponer a menudo. Simplemente me acerco a la habitación y doy unos ligeros golpecitos en el marco desnudo de la puerta. En cuanto escucho movimiento al otro lado doy por sentado que alguna de las dos se habrá despertado y avisará a la otra.

El siguiente es Norman, que ya se encuentra despierto. Es el verducho que espero nos evite varios problemas una vez dentro de la ciudad. Por ahora esa imagen queda un poco deslucida por el moratón que tiene alrededor del ojo, al menos parece que ya puede ver con él.

-¿Ya es la hora? –pregunta con la voz aún adormilada.

-Sí, voy a despertar a Rira. –se lleva una mano al ojo morado instintivamente ante mi aclaración.

-Ten cuidado. Ya sabes que tiene un despertar... delicado. –Me masculla entre dientes.

Como toda respuesta dejo que una carcajada resuene en la habitación. Por supuesto que pienso tener cuidado, siempre que se trata con un devastador hay que tener mil ojos. Ojo... je, je ¿lo pilláis? Norman lo aprendió ayer por la mañana de mala manera.

Me acerco con cuidado al bulto roncante de la habitación de al lado. Cuando creo que estoy lo suficientemente cerca saco de mi mochila una cienciocería, una pequeña caja metálica redonda, con dos campanas pegadas arriba. La encontré la primera vez que fui a una ciudad verde. Las ruedecitas y los engranajes se pueden ver por uno de sus lados, oxidados pero funcionales. Conforme me acerco sigilosamente al bulto voy girando una de las ruedecillas y luego otra. Pongo la cienciocería a su lado y me alejo hasta la puerta, asomando únicamente la cabeza lo suficiente para verla.

A los pocos segundos las campanitas de la caja empiezan a moverse como locas, produciendo un ruido estridente y desacompasado. El efecto es inmediato, Rira tira la manta a un lado y se levanta en posición de combate, buscando contra quién descargar uno de sus enormes puños. Por un momento parece confusa al no encontrar a nadie cerca, hasta que dirige la mirada a mi cienciocería y casi puedo ver

las ruedas de su cabeza dando vueltas cada vez más rápido. Considera por un momento patear la caja, pero en el último instante se agacha y la recoge, tapando las campanitas con una mano casi el doble que las mías.

-¡Ya dije que lo sentía, Norman! –casi ruge, aunque la sonrisa en su cara lo desmiente completamente, me gusta esa sonrisa. Norman, que escucha su nombre se pone a mi lado y se asoma para ver a la devastadora. Ella se acerca y el verducho da un hipido, saliendo precipitadamente a recoger sus cosas.

Al pasar a mi lado Rira me tiende la cienciocería y me la devuelve, su sonrisa se ensancha aún más, dejando entrever el par de dientes que le faltan.

-Ya sé que has sido tú, pero es tan divertido verlo así... –me confiesa.

-Lo sé, pero lo necesitamos confiado para cuando entremos en la ciudad del obelisco. –le contesto, ya serio.

-De acuerdo, de acuerdo, *yishhhh...* que estirados sois todos. –me concede, aún con humor en su voz.

Una vez nos hemos pertrechado con todo nuestro equipo nos encaminamos hacia el puente del Cinturón de la Rosa¹, no sé por qué lo llamarían así en la antigüedad. Ahora no hay rosas, pero si mucha vegetación, entre la que se esconden algunas enredaderas vampíricas. Sabemos dónde están así que lo pasamos relativamente seguros, por ahora no se han extendido por las partes seguras.

Tras pasar el puente podemos ver el obelisco al Este, sin embargo nuestro rumbo nos lleva hacia el Norte. Aun así no podemos ir directamente en esa dirección, hay que dar un rodeo pues hay una colmena de melificadoras muy grande en ese camino. Así que intentamos acortar por una calle hacia el noreste, luego tomaremos algún camino que nos lleve hacia el lugar que nos indica el mapa que nos han dado.

Norman lleva el plano, está roto por todos lados y le faltan importantes agujeros por el centro. De todas formas lo que nos interesa está claramente marcado con una equis. El druida que nos ha enviado dijo que se lo vendió un buhonero llamado Daruk o Darok, algo así... y que no duda de que lo que buscamos está allí. Da igual, el encargo ya ha sido pagado. Si no encontramos nada tampoco me voy a molestar, eran muchos engranajes...

Avanzamos todo lo sigilosamente que podemos entre la alta hierba, en un principio el mapa no dice nada de algún peligro en esta zona. Pero claro, esto es una ciudad verde, siempre hay peligros. Nut está haciendo mucho ruido.

-Nut... ¡Nut! –la llamo, intentando no alzar mucho la voz. Ella me mira, interrogante.

¹ El Theodore Roosevelt Bridge: Una mala lectura, además de la falta de letras en el cartel del puente lleva a este error al personaje.

–Coloca bien esas herramientas, estás haciendo demasiado ruido.

Se dispone a hacer una réplica, pero Hammer posa una mano en su hombro para llamar su atención. Cuando ve la mirada severa en sus ojos la protesta que iba a lanzar muere antes de salir de sus labios. Menos mal que Hammer sabe lo que nos jugamos, Nut es demasiado joven e inexperta aún. La meca tendrá que aprender de la manera rápida.

Me voy a adelantar un poco al grupo, quiero ver si alguien o algo ha podido escuchar el ruido. Aunque haya sido poco más vale ser precavido. Se lo indico a los demás con un sistema de signos que nos hemos inventado, pero solo para estar seguros me acerco a Norman y se lo digo al oído. Además le echo una ojeada al mapa.

Nos queda realmente poco para llegar, quizás unos doscientos pasos. El sol es suave, no hace demasiado calor aunque conforme uno se adentra en la ciudad la humedad hace que parezca así. Por ahora se está bien, podría disfrutarlo si no temiese que cualquier cosa me salte a la cara. Me acuerdo de las tejedoras que se comieron a mi mentor... demasiado distraído, tengo que centrarme. Ya habrá tiempo para la melancolía cuando estemos de vuelta en el asentamiento. Me hago demasiado mayor para esto...

Y salto, salto como un novato cuando piso un pequeño hueso que cruje como un trueno en el silencio de la ciudad. Miro al suelo y entonces caigo en la cuenta de que me encuentro en un osario. Hay huesos por todas partes, grandes y pequeños ¿cómo he podido no verlo antes? Un escalofrío recorre mi espalda, y por primera vez me doy cuenta. Silencio. Silencio en medio de una ciudad verde. Peligro.

Vuelvo para atrás, con el sudor recorriéndome la espalda debido al miedo. Esto es un cubil, el hogar de algo grande. Tengo que avisar a los demás. No he dado ni dos pasos cuando se me erizan los pelos de la nuca. Hay algo cerca... muy cerca. Me giro en el último momento y dos zarpas del tamaño de mi cabeza pasan a escasos centímetros de mi pecho. Ruedo a un lado y cuando miro a lo que tengo delante se me hiela la sangre en el cuerpo. Un drelión, un maldito drelión.

El gran felino gira lentamente a mi alrededor, tengo que escapar pero ¿cómo se puede huir de uno de los cazadores más letales de Big Mamma? Tengo que avisar a los demás, quizás tengamos una oportunidad con la escopeta de Hammer. Desenvaino el machete y al escuchar el ruido metálico se me ocurre una idea. Mientras sujeto el arma con una mano con la otra saco la cienciería con la que desperté a Rira esta mañana.

El drelión gruñe, un sonido ronco y bajo que hace que todo pensamiento racional se esfume y echo a correr en dirección al grupo mientras le tiro la cienciería al maldito gato, esperando contra todo pronóstico darle en el hocico y que se olvide

de mi. No miro hacía atrás, sé que si lo hago no podré avisar a los demás. En ese momento escuchó el característico ruido de la escopeta de Hammer y posteriormente un grito, seguro que es Rira. Solo puede significar una cosa. Más problemas.

-¡Drelión! ¡Drelión! –grito mientras corro, olvidado ya todo sigilo. Cualquier otra cosa que estuviera rondando por la zona habrá escuchado el disparo.

Las altas hierbas me golpean la cara, sé la dirección general en la que están mis compañeros, pero gracias a Kodak que parece tenerme en alta estima... vuelve a sonar otro disparo. De repente las hierbas desaparecen un estremecimiento de vértigo me recorre el cuerpo al verme a cuatro metros por encima del suelo. Freno. Al menos lo intento, pero el drelión tiene otros planes y me salta a la espalda. Por suerte al frenar me he agachado un poco si no mi cabeza estaría entre sus dientes, aún así el golpe es tremendo. Caigo. Duele. El impacto contra el suelo es casi tan estremecedor como el del felino. No me da tiempo a sentir el dolor cuando veo que el maldito gato superdesarrollado se me abalanza de nuevo, tan campante a pesar de la caída.

Cierro los ojos, pensando que treinta años es una larga vida. De repente algo ruge en mi oído. Grito de dolor y me llevo una mano a la oreja. Sigo vivo, el drelión a mis pies tiene un agujero en lo que supongo era su cabeza, más que nada porque el rabo está todavía al otro lado. No oigo nada, pero no hace falta. Una mano se posa en mi hombro y me giro. Hammer me devuelve la mirada, seria y cubierta de sangre. Se da la vuelta, andando hacia la dirección donde suponía que estarían. La sigo, no dice nada, no hace falta.

Los demás se encuentran entre un par de carricoches. El cuerpo de otro drelión está tendido cerca, varias heridas de bala asoman entre el pelaje de su costado. Este es más pequeño que el anterior, da igual, siguen siendo letales. Veo a Rira, la mirada atenta alrededor. Norman y Nutt se encuentran en el suelo, él por encima de ella. Cuando me acerco lo suficiente noto como la sangre se va de mi rostro. La pierna derecha de Nutt no está, un pequeño muñón todavía ensangrentado es lo único que sobresale. No ha llegado a la cadera por poco.

Miro a Hammer, que me devuelve la mirada. Los dos sabemos que ha sido la primera y la última vez de Nutt en una ciudad verde. Hay lecciones que pueden con uno. Empiezo a escuchar algo aparte del pitido constante de mi oído. A lo lejos la cienciocería olvidada resuena...

-No podemos seguir adelante si queremos que sobreviva. Es hora de regresar. –digo sin mucha convicción. Nadie dice nada, sabemos que la ciudad ha ganado. Por ahora.